

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

“Oda a la fraternidad”

# Miles de voces por la unidad: Beethoven en el Estadio Nacional

La Universidad de Chile organizó el mayor concierto sinfónico de la historia del país. El coliseo de Ñuñoa vibró con la interpretación de la Novena Sinfonía, uniendo a la multitud en un canto universal de fraternidad. La inolvidable jornada, acompañada de reflexiones sobre democracia y los derechos humanos, reafirmó el poder del arte para conectar y sanar a una sociedad.

En un Estadio Nacional abarrotado de almas diversas, la música pareció hacer olvidar toda controversia. No importó que el calor fuese opresivo, porque desde que las primeras notas comenzaron a resonar, sus acentos se sumaron a los de un público ávido de algo que hiciera olvidar la contingencia. La rectora de la Universidad de Chile, Rosa Devés, lo dice de manera muy clara: “Esto es verdad”. Se refiere a cómo la música, poderosa e inasible a la vez, ha demostrado otra vez que es un lenguaje universal que hace de la diferencia un motivo para celebrar. Jorge Andrés González, director de la Fundación Cultural de Proviencia, lo sentencia con claridad: “Beethoven en el Estadio Nacional, con cuarenta mil entradas agotadas en ocho horas y transmitido por la televisión abierta, nos refuerza que Chile tiene sed de arte y belleza”.

El país abraza así una tregua consigo mismo y las palabras de Friedrich Schiller para el cuarto movimiento de la Novena Sinfonía de Beethoven cobran un significado tan universal como particular y aun personal: “Todos los hombres serán hermanos”, un manifiesto por la esperanza que hace olvidar individualidades aisladas para constatar que somos fragmentos de un todo que respira y vibra al compás de algo mayor. Es Beethoven que, sordo al estruendo del mundo, nos adelanta el sueño de la reconciliación.

Es difícil no recordar lo que Muriel Barbery escribe en “La elegancia del erizo”: “El curso de la vida se ahoga en el canto; de golpe hay una impresión de fraternidad, de solidaridad profunda, de amor incluso, que diluye la fealdad cotidiana en una comunión perfecta. A fin de cuentas me pregunto si el verdadero movimiento del mundo no es el canto”.

Un movimiento al que anoche se integraron con felicidad artistas, académicos, ministros, autoridades de gobierno, dirigentes de las más diversas tiendas políticas, diplomáticos y la ciudadanía toda, representada por las miles de almas que colmaron el recinto (34.677 según el registro oficial) y el millón de personas que lo siguió en las pantallas de TVN.

## “Nunca más” y la tarea inconclusa

En su discurso de apertura de esta “Oda a la Fraternidad”, la rectora Devés agradeció a los artistas convocados y recordó que la interpretación de la Novena Sinfonía de Beethoven en el Estadio Nacional tiene profundos significados, ya que la última vez que se escuchó esta obra en el coliseo, inter-



PRESENTACIÓN.— Ambos conjuntos se habían presentado en el Estadio Nacional en 1990, por lo que volvieron al mismo escenario después de casi 35 años.



ASISTENCIA.— Desde temprano se congregó la gente en el Estadio Nacional, que abrió las puertas a las 15:00 horas. El programa se inició a las 18:30 horas y congregó oficialmente a 34 mil 677 espectadores.

pretada por la Orquesta y el Coro Sinfónico de la Universidad de Chile, fue el 12 de marzo de 1990, cuando el Presidente Patricio Aylwin reinauguraba la democracia.

Aylwin dijo entonces que el Nacional fue un “lugar de presidio y de tortura”, enunciando además

que “nunca más” habría “atropellos a la dignidad humana” ni “violencia entre hermanos”. Para la académica, tal compro-

miso “todavía nos interpela como sociedad, al que nos esforzamos por contribuir desde la Universidad de Chile, educando para la democracia y los derechos humanos, preservando la memoria e involucrándonos activamente en la búsqueda de personas desaparecidas, y en la consecución de verdad y justicia, una tarea que aún permanece inconclusa”.

## Boric: “La cultura es el espíritu de un pueblo”

También el Presidente Gabriel Boric aludió a lo mismo en un ovacionado, breve y ferviente discurso en el que destacó que la U. de Chile ya ha realizado conciertos masivos de este tipo en Bajos de Mena, en Maipú, en la Plaza Italia y en Estación Central.

“Sepan que nuestro gobierno está comprometido con la cultura”, dijo el mandatario, “y que esta no debe ser el vagón de cola de

un gobierno sino que tiene que ser el principal. La cultura es el espíritu de un pueblo y el Estado tiene que generar las condiciones para que todos puedan acceder a ella, tal como lo hace ahora la U. de Chile, de forma gratuita y masiva. Este es el concierto sinfónico más grande de nuestra historia y representa el reencuentro de la Orquesta Sinfónica con el Estadio Nacional después de ese emocionante acto de hace más de 30 años. Quiero que construyamos un país donde la convivencia sea más fraterna, donde el respeto prevalezca ante todo, donde el insulto no valga la pena, sino que todos juntos, entendiéndonos y respetándonos como hermanos, construyamos ese país hermoso que tenemos la suerte de habitar”.

Uno de los asistentes más orgullosos era el alcalde de Ñuñoa, Sebastián Sichel: “Pocas veces uno tiene la posibilidad de tener eventos gratuitos de calidad, en que el sector público, el sector privado y la universidad se ponen de acuerdo para hacer algo para todos los chilenos. Por lo tanto, no solo la fraternidad se demuestra en el concierto, sino que también en la forma en que estamos trabajando. Estoy muy orgulloso de que este gran concierto sea en el corazón de Ñuñoa, como lo es el Estadio Nacional”.

El programa abrió con la presentación de la Orquesta Sinfónica Estudiantil Metropolitana (OSEM) junto al Coro de Estudiantes FOJL, pertenecientes a la Fundación de Orquestas Juveniles e Infantiles. Bajo la dirección de Cristián Lorca, interpretaron la “Obertura Académica”, de Brahms; la “Marcha triunfal” de la ópera “Aida”, de Verdi, y el “Aleluya” del oratorio “El Mesías”, de Händel.

Tras los discursos, el maestro Rodolfo Saglimbeni inició la Novena al frente de los conjuntos universitarios y los solistas Andrea Aguilar (soprano), Evelyn Ramírez (mezzosoprano), Patricio Saxton (tenor) y Patricio Sabaté (barítono). La escena fue casi sagrada. El maestro levantó su batuta y, como si fuera un conjuro, los 150 músicos y cantantes en el escenario se entregaron al flujo de una sinfonía que ha resonado lo largo de los siglos como un himno de esperanza.